

ALBERTO
QUIJANO
QUESADA

COSTA RICA AYER Y HOY

1800 - 1939



PROPIEDAD DE LA BIBLIOTECA
DEL
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA

No. 341

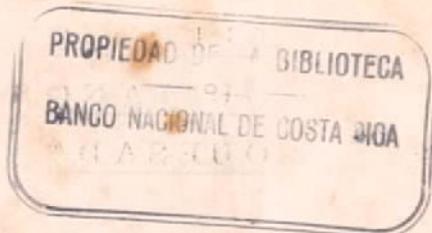
SAN JOSE
COSTA RICA

EDITORIAL
BORRASÉ
HERMANOS

1 9 3 9



2.86
766



El presente trabajo puede dividirse en cuatro partes: una, que es original y resume en sus diversos aspectos nuestra vida actual; otra que está integrada con reproducciones de artículos y estudios científicos escritos por autores nacionales; la tercera, que consta de traducciones hechas por mí, en su mayor parte, también de artículos y estudios científicos escritos en varios idiomas por viajeros y exploradores extranjeros que en diferentes épocas han visitado el país; y la cuarta, que consta de reproducciones o resúmenes de documentos oficiales.

Las cuatro partes están arregladas de tal manera que entre sí mantienen armonía y a eso se reduce el mérito, si alguno puede tener, del trabajo que presento, como un esfuerzo personal que dedico a todos los hombres que han sentido, alguna vez, el impulso generoso de dar a conocer en el extranjero y aun dentro del país, hechos que en general se ignoran y que constituyen, sin embargo, la base firme en que descansa el progreso de la patria.

Alberto Quijano

119189N

AGO 2004



1003



Esta es la graciosa vanguardia del ejército de estudiantes costarricenses que en traje de gala, con tambores y clarines, inician el desfile escolar del 15 de Setiembre, y abren las páginas de este libro destinado a poner de manifiesto el progreso material de Costa Rica en algo más de un Siglo.

La República de Costa Rica ofrece al viajero los más singulares atractivos, cualquiera que sea el país de su procedencia, porque con sus riquezas naturales, la belleza de sus campos, el verde esmeralda de sus altas montañas y la majestuosa elevación de sus volcanes; con el discurrir de sus aguas, ya en torrentes impetuosos o en arroyos cristalinos y rumorosos; con la fragancia de sus flores, la exuberancia extraordinaria de su vegetación y la fertilidad inagotable de su tierras de labor, que parece mantenida por la mano de Dios; con las variedades de su clima, desde el calor tropical de sus costas hasta el frío glacial de sus páramos; con su cielo siempre azul y despejado, luciendo ya un sol brillante o una esplendente luna cuya luz parece cortar las piedras, o tapizado de estrellas; con sus instituciones democráticas, su legislación civil, una de las más avanzadas de la tierra; con su espíritu de orden y su respeto profundo a la libertad de que ampliamente se disfruta en todas las actividades de la vida; con la belleza, la gentileza y la cultura de sus mujeres, brinda al extranjero la hermandad de todo un pueblo que por naturaleza y por herencia es tan noble como bueno.



LICENCIADO DON LEÓN CORTÉS
Presidente de la República de Costa Rica
1936 - 1940

Los Extranjeros en Costa Rica

Costa Rica ha sido, sin alternativas, en su vida independiente, un asilo acogedor y apacible de todos los emigrados políticos que de otros países del Continente han llegado a sus costas en busca de refugio; asimismo lo ha sido de todos los extranjeros, sin distinción de credos ni de razas, que impulsados por generosas ideas de difusión de la ciencia y la cultura, han venido a implantar sistemas modernos de trabajo y estudio; y su pueblo ha cedido siempre, con esa exquisita hospitalidad que tanto lo distingue, los lugares preferentes en las actividades generales de la vida nacional, al elemento extranjero que ha venido siendo, por eso, una fuente inagotable de progreso, a la vez que ha contribuido al bienestar de la comunidad costarricense, por el aporte efectivo con que ha iniciado sus diferentes empresas.

Sería, desde luego, interminable la lista de los extranjeros que fueron llegando a Costa Rica después de 1821, fecha de nuestra independencia, atraídos por el buen nombre de que el país gozaba, entre otras razones, por la paz en que vivía y que ha sabido mantener inalterable hasta hoy como una de sus mejores conquistas; obligado me vería, por falta de datos o de recuerdos, a omitir nombres ilustres o hechos trascendentales, si emprendiera esa difícil tarea. Por eso tendré que limitarme a citar unos pocos, escogiendo principalmente los de aquellos ciudadanos que, encariñados con nuestra patria, en ella se quedaron, formando sus hogares, como troncos respetables de numerosas familias que hoy son gala de la sociedad costarricense; y también consignaré los de algunos educadores, porque ello es indispensable para determinar las diversas fuentes de cultura que poderosamente han influido en nuestra educación general. Algunos emigrados políticos fueron también maestros y no son para olvidarse las profundas enseñanzas que entre nosotros impartieron.

La gran riqueza que en sus entrañas guardaba el Monte del Aguacate, fué feliz y casualmente descubierta en 1815, con motivo de una visita que realizó el Obispo de Nicaragua, Monseñor García Jerez. Al pasar con su lujosa comitiva por las veredas abiertas en el alto de Corralillo, llamaron la atención del ilustre visitante unas piedras que al punto reconoció, advirtiéndolo a sus acompañantes que se trataba de yacimientos ricos en oro. Con las piedras que se recogieron como muestra, se hicieron las investigaciones y análisis de rigor y no obstante los medios primitivos de que aquí se disponía, se llegó a la con-

clusión de que en realidad existían, en aquellas tierras, enormes riquezas minerales.

Don José Rafael de Gallegos, más tarde Jefe del Estado, hizo en 1820 el primer denuncia minero, asociado con su hermano natural don José Santos Lombardo, personaje importante en la revuelta de 1823, provocada por los reaccionarios de Cartago, y la cual fue el origen del traslado a San José de la Capital de la República.

Esta primera mina se llamó "Sacra Familia" y aún existe con el mismo nombre, aunque tiene muy pobre producción, como casi todas las minas del país que se encuentran en estado decadente por falta de capital para su mayor explotación.

Tras este denuncia vinieron muchos otros, y el empeño constante de los buscadores de oro, a cuya cabeza figuraba el ciudadano español don Mateo Urrandurrutaga, atrajo una inmigración lujosa de hombres experimentados en la explotación minera, y con ellos llegaron también, como era natural dado el florecimiento económico en que el país entraba, muchos otros valiosos elemen-



En la Biblioteca Nacional de San José, se encuentra un libro manuscrito por don José María Figueroa, que registra episodios de nuestra historia desde tiempo muy lejanos. El libro, que tiene cerca de 500 páginas de 0.90 x 0.65 cm., está curiosamente ilustrado con dibujos hechos a lápiz y coloreados por el mismo señor Figueroa.

Entre las ilustraciones de ese libro—parte de las cuales reproduzco en éste—se encuentra el dibujo de esta página, donde pueden verse, entre otros importantes personajes de nuestros primeros años de Independencia, a don José Santos Lombardo, Comandante de Cartago y Jefe Militar de Costa Rica; al Bachiller Osejo, nicaragüense inquieto, hombre de gran inteligencia, quien formó parte de la Junta de Gobierno o Comisión Permanente en 1823 y a don Joaquín de Yglesias, Alcalde de Cartago y miembro, como los otros dos citados ciudadanos, de la misma Junta.

Según el señor Figueroa, eran frecuentes las reuniones de esta clase en las calles y plazas, donde se discutían los asuntos públicos.

Los tres personajes que he citado y entre los cuales se distingue perfectamente al señor Yglesias por la nariz aguijeña, (el último a la derecha), tomaron parte activa en la revolución de 1823, que trajo como consecuencia el traslado a San José de la Capital de la República, perdiendo Cartago esa condición que había tenido durante toda la época anterior.

tos que, trayendo sus reservas de capital y experiencia, se establecieron en el país en diferentes actividades agrícolas, industriales y profesionales.

En el año de 1825 el Gobierno de don Juan Mora Fernández celebró con el ciudadano inglés Mr. John Hale un contrato de colonización, según el cual Mr. Hale se comprometía a fundar una colonia en el río más cercano que explorase, compuesta de cien familias que debían gozar de los privilegios y gracias concedidas a los inmigrantes por ley de 25 de enero de 1824, emitida por la Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas de Centro América, y, además, de una legua cuadrada de terreno dividida en manzanas y éstas en solares, para el establecimiento de una ciudad. Hale se comprometía a traer cien familias en el curso del año 1826 y eligió para asiento de la futura ciudad un terreno en la que hoy es Provincia de Heredia, en la vereda de Sarapiquí, lugar que todavía se conoce con el nombre de Montaña del Inglés.

El propósito de Mr. Hale era formar esta colonia con familias norteamericanas y británicas, trayéndolas de los Estados Unidos, y el año 1826 publicó un folleto en la ciudad de Nueva York con el fin de dar a conocer a los futuros colonos el nuevo país colmado de riquezas naturales, que sólo aguardaba su llegada para convertirse en un emporio. No es necesario decir que a pesar de la entusiasta prosa del autor, el proyecto no salió de los límites del bello país de los sueños y que de él no quedan más huellas que una página en el primer tomo de nuestra Colección de Leyes, el nombre pintoresco de la Montaña del Inglés y el folleto intitulado: "Seis meses de residencia y viajes a través de Centro América, etc.", el cual, corriendo la suerte de todos los folletos, ha llegado a ser rarísimo, casi tanto como el ave fénix.

El folleto del señor Hale es muy interesante por los datos que suministra sobre el estado en que se encontraba Costa Rica a raíz de la independencia. No es dudoso que el autor exagera en sentido favorable, especialmente en lo que se refiere a riquezas naturales del país. El espejismo de las minas que en aquella época deslumbraba a nuestros abuelos, no fue para él menos seductor y engañoso; pero, aún descartadas las exageraciones inseparables de toda publicación relativa al género de propaganda que motivó la de Hale, encontramos en sus páginas sobrados motivos de gratitud para con el primer extranjero que pretendió contribuir a nuestro progreso, por uno de los medios más eficaces: el de la inmigración.

Muchos de los extranjeros que fueron llegando a nuestra tierra, venían atraídos por las halagadoras referencias que había hecho circular el señor Hale, tanto en su citado folleto, como personalmente y aun cuando la riqueza de las minas no guardaba proporciones con su fama, es lo cierto que más de una fortuna cuantiosa en aquellos tiempos, se formó en el país mediante esa explotación.

El Capitán inglés, Ingeniero Ricardo Trevithick, fue asimismo un valioso auxiliar de Costa Rica en los primeros tiempos de su desarrollo económico. Minero de muy amplios conocimientos y empresario de grandes capacidades, el Ingeniero Trevithick prestó al país diferentes servicios importantes y demostró en todo tiempo el más cariñoso interés por nuestra patria. Se asegura que fue el inventor de la máquina de vapor y refiere en sus memorias que saliendo de Costa Rica por la vía del Sarapiquí, la única que entonces se utilizaba para salir al Atlántico, advirtió que "un caballo de vapor" pasaría muy fácilmente por esos laberintos. El Ingeniero Trevithick disputó a Stephenson su invento y se dice que la primera locomotora que corrió en Londres,



Esta es la casa que fue de don Mariano Montealegre Bustamante y su señora doña Jerónima Fernández. Aún se mantiene en pie, no obstante los doscientos años de haber sido construída. Está situada en la Avenida del Cementerio, exactamente en la esquina de su término al llegar al Llano de Mata Redonda, conocido también por La Sabana, donde hoy se construye el Aeropuerto Internacional de Costa Rica.

En esta casa, lujosa durante la época a que la narración se refiere, tenían lugar las más elegantes fiestas sociales y era, además, el sitio preferido de reunión para los extranjeros que nos visitaron al principiar el Siglo XIX.

fue construída siguiendo sus planos. Como tantos grandes hombres el Ingeniero Trevithick murió en la miseria.

Con él estaba en Costa Rica otro inglés, Mr. John Gerard, y ambos mantenían estrecha amistad con don Mariano Montealegre Bustamante y su señora doña Jerónima Fernández, cuya casa constituía uno de los más aristocráticos centros de reunión de la sociedad de aquellos tiempos. Todas las grandes fiestas tenían lugar, de preferencia, en la casa de don Mariano, situada al final de la Avenida del Cementerio, al llegar a la Sabana. Los extranjeros visitaban regularmente la casa de don Mariano cuya personalidad destacada y los atractivos de su trato gentil, tanto como la reconocida inteligencia de doña Jerónima, hacían olvidar las deficiencias que en otros aspectos de la vida tenía que presentar una ciudad como San José, que estaba apenas en el despertar de la cultura.

Los esposos Montealegre dieron a sus amigos ingleses, señores Trevithick y Gerard el encargo de llevar a Inglaterra a sus dos hijos don Mariano y don José María, niños entonces de pocos años, con objeto de darles una educación profesional. Ambos regresaron años después, trayendo don Mariano el título de Ingeniero Civil, graduado en el primer Colegio que para el estudio de esa profesión estableció en Inglaterra el señor George Stevens, constructor de ferrocarriles; y don José María, más tarde Jefe del Estado, el título de Médico-Cirujano. Fueron, pues, los dos jóvenes Montealegre, los

primeros que viajaron de Costa Rica a Europa y los primeros profesionales titulados en aquel Continente, que sirvieron en el país.

Mr. Gerard era un inglés muy atrayente y simpático. En Costa Rica lo llamaban don Juan Gerardo y he visto cartas suyas escritas a la familia Montealegre, en las que daba informes acerca de los "muchachos", firmadas con esa variación de su nombre.

Don Mariano Montealegre Bustamante ocupó durante la época colonial varios cargos de responsabilidad, entre ellos el de Factor de la Renta de Tabacos, que era la principal y casi única fuente de entrada fiscal en la Provincia de Costa Rica y desempeñó siempre sus funciones del modo más cumplido, dando ocasión a que el Jefe del Estado, don Juan Mora Fernández, le extendiera una certificación de uso especial en aquellos tiempos, y que contenía un resumen de años de servicio, cargos desempeñados y conducta observada. El certificado de don Mariano es tan expresivo como honroso. Al declararse la independencia, el señor Montealegre ocupó lugar prominente en la Junta Superior Gubernativa y cuando se hizo la elección de Jefe del Estado en don Juan Mora, fue don Mariano el Vice-Presidente de la República.



Don Mariano Montealegre Bustamante, cuyo nombre está íntimamente ligado a nuestra historia, fue el Factor de la Renta de Tabacos en la época Colonial y aun mantuvo ese cargo en los primeros años de nuestra Independencia. Desde 1821 hasta 1843, fecha de su muerte, desempeñó los más elevados cargos públicos con singular capacidad. Fue miembro de la Junta Superior Gubernativa, Vice-Presidente de la República, Diputado a la Asamblea Nacional Constituyente, Agente Diplomático ante el Gobierno de Nicaragua, etc., y en todas sus elevadas posiciones su actuación fue singularmente hábil y siempre patriótica.

Montealegre, por ejemplo, es español y si estudiamos los demás apellidos que tienen en Costa Rica arraigos de muchos años, encontramos que lo mismo ocurre con casi todos, no obstante las variaciones que han sufrido, como en el caso de la familia Escalante, cuyo fundador era García Escalante; pero el primer apellido quedó reducido a su G. inicial.

Sin entrar, pues, en esas investigaciones, a trueque de echar a perder la historia, voy a referirme únicamente a los extranjeros que fueron llegando a Costa Rica en época posterior a nuestra independencia. Tengamos por costarricenses de la mejor estirpe a todos los que fundaron la patria y celebremos como una bendición de su destino la circunstancia feliz de que nuestro cielo azul les hubiera inspirado el cariño que dentro de sus fronteras los mantuvo.

En la cultura de los pueblos jóvenes, como el nuestro, la inmigración ha sido un factor de importancia que ha venido a ejercer valiosa influencia en su desarrollo. Los inmigrantes procedían, generalmente, de centros de cultura superior y al radicarse entre nosotros, contribuyeron a formar un nuevo ambiente de más refinada educación.

Varias fueron las causas que contribuyeron a aquella inmigración. El factor geográfico de vecindad determinó, en los primeros años de nuestra vida independiente, la afluencia de elementos de bastante importancia, procedentes, en especial, de los demás países de Centro América. Estos inmigrantes, lo mismo que los de Colombia, Chile y Perú, vinieron a Costa Rica halagados por la actividad económica que en aquella época se desarrolló en Costa Rica, y sobre todo por la paz y la tranquilidad de que aquí se disfrutaba. Esa condición esencial para la vida de los pueblos, atrajo elementos distinguidos, no sólo de las naciones citadas, sino también de los Estados Unidos, Inglaterra, Francia, España, Alemania e Italia.

Las constantes agitaciones políticas en los países vecinos provocaron hacia el nuestro, en diferentes ocasiones, repetidas corrientes migratorias. Este factor, muy digno de tomarse en cuenta, si se considera la situación política anormal en que vivían los demás Estados Centroamericanos, provocó no pocas veces la llegada de elementos propulsores de gran cultura, que fueron muy provechosos en el desarrollo de nuestras instituciones tanto como de nuestras actividades económicas.

Aquel período de convulsiones, que puede llenar toda la historia del siglo pasado, extendiéndose a algunas naciones Sud-Americanas y a las Antillas, produjo en Centro América cerca de ciento cuarenta revoluciones en veinte años. Según los datos del historiador Maure, en sus "Efemérides de los hechos notables en Centro América", de 1821 a 1842, hubo en las naciones Centroamericanas el siguiente número de acciones militares: 51 en Guatemala, 40 en El Salvador, 27 en Honduras, 17 en Nicaragua y 5 en Costa Rica, formando un total de 140. Estas constantes convulsiones, con su intranquilidad consiguiente en los países afectados, alejaban de ellos a todos los hombres de orden y de trabajo que procuraban buscar en otros lugares las garantías personales que en los suyos no encontraban.

Después de la independencia y con motivo del desarrollo de la industria minera, se inició un comercio muy activo con Inglaterra y con las naciones vecinas de Guatemala, Nicaragua, Panamá y el Perú. A fines del tercer decenio del Siglo pasado, tomó alguna importancia la explotación de la madera de brasil, producto que se exportaba a Inglaterra, donde se realizaba a diez chelines el quintal. Un decenio después de la Independencia principiaron a desarrollarse los cultivos de café y ya antes del medio siglo se iniciaron las primeras exportaciones de nuestro grano de oro, conforme se verá en el capítulo correspondiente al Café de Costa Rica.

Iniciado nuestro comercio de exportación de café a los puertos europeos, aumentó considerablemente la importación de mercaderías y se establecieron en San José y Puntarenas varias casas de comercio, que fueron, en buena parte, el fundamento de algunas considerables fortunas existentes hoy en el país.

Entre esas casas comerciales y firmas exportadoras de café y otros



La Unión Centroamericana ha tenido siempre sus partidarios, entusiastas mantenedores de esa amable idealidad. En tiempos remotos esa Unión y sus consecuencias políticas internas, originadas en las rivalidades naturales entre pueblos que no obstante su hermandad reclaman el lugar de preferencia, dió motivo a esta caricatura dibujada por el Señor Figueres, en su libro ya citado, que existe en la Biblioteca Nacional de San José. Su título en el libro referido es "El Concierto Centroamericano".

productos nacionales, pueden citarse las siguientes:

Fernández y Montealegre (Gordiano Fernández y Mariano Montealegre); Mora y Aguilar (Juan Rafael Mora y Vicente Aguilar); Fernández y Salazar (Santiago Fernández y Gregorio Salazar); Cañas y Montealegre (José María Cañas y Doctor José María Montealegre); Herrán y Co. (Victor Herrán, Puntarenas); Mora y Farrer (José Reyes Mora y Ricardo Farrer); Escalante y Bonilla (Gregorio Escalante y Juan Bautista Bonilla); Ulloa y Moya (Nicolás Ulloa y Rafael Moya, de Heredia).

El desarrollo económico al iniciarse la República, y las actividades agrícolas, industriales y comerciales, atraieron una lujosa inmigración europea durante aquella época; en ella figuraron hombres de progreso, de grandes iniciativas, agentes de verdadera cultura.

Estos inmigrantes deben tomarse muy en cuenta en el estudio de los factores del progreso nacional, porque ellos han contribuído a determinar y a formar, en no pequeña parte, el ambiente educacional del país.

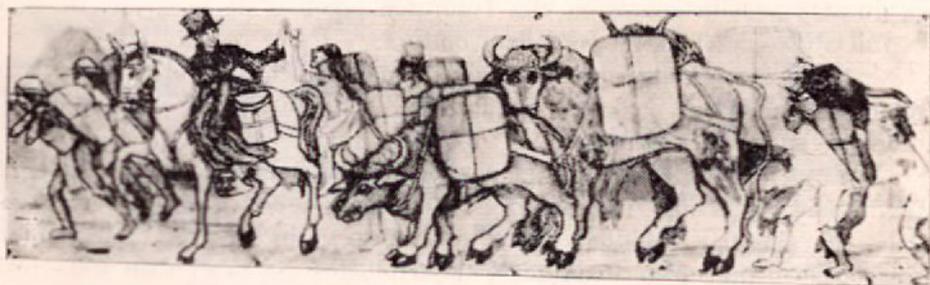
Entre los ingleses, figuran don Juan Dent, quien tenía en Toyogres, jurisdicción de Cartago, un telar. La industria de tejidos de algodón se practicaba con singular habilidad entre los indios, y los cultivos de la materia prima estaban muy bien atendidos y desarrollados. Se fabricaban telas resistentes, entre otros usos, para velas de pequeñas embarcaciones, medias de algodón o de hilo morado, teñidas con caracol de tinte, de gran demanda entre los Curas; riendas, fajas, hamacas, jarcias, cobijas, rebozos y sacos que luego servían para exportar café.

Don Juan Dent trataba de mejorar la presentación de objetos de uso personal, empleando en su telar lana importada; pero la materia prima resultaba muy costosa, habida cuenta de la deficiencia de las maquinarias que utilizaba. Con objeto de mejorarlas, hizo un viaje a los Estados Unidos, pero tuvo la mala fortuna de naufragar en el Golfo de México, a su regreso a nuestra tierra. Sus hijos don Juan y don Guillermo, que habían quedado al frente de todos los negocios, lucharon bravamente en Puntarenas contra las fiebres reinantes y lograron reunir una fortuna, cuantiosa en aquella época, trasladándose a la capital donde continuaron sus negocios de comercio y emprendieron luego en agricultura. Floreciente la industria del café, don Juan pudo, a fuerza de orden, de constancia y trabajo, reunir una respetable fortuna que hoy se conserva por sus herederos y que constituye una de las más fuertes del país. La firma Dent e hijos, sucesores de don Juan Dent, es respetable entre nosotros, tanto en los negocios bancarios, como en los de café y comercio.

Don Enrique Cooper, químico e ingeniero que tuvo destacada actuación, especialmente en el trazado de muchos de los caminos que en la actualidad existen, entre ellos, el de Esparta a Puntarenas, trabajo que le fue recompensado con cien pesos.

Don Benjamín Phillips, don Juan Panvir, don Ricardo Paynter, don Juan Jenkins, comerciantes y agricultores y el Doctor don Ricardo Brealey, médico traído en 1835 por los mineros ingleses establecidos en el Monte del Aguacate. El Doctor Brealey murió en Barba, Heredia, el 18 de febrero de 1864. En 1848 llegó a San José el señor W. D. Christie, Cónsul inglés nombrado por los Mosquitos, y más tarde don Federico Chatfield, Cónsul de Inglaterra en Centro América.

No menos apreciable fue la inmigración francesa. Entre los mineros llegó don Santiago Millet, quien obtuvo de la Asamblea Constituyente la primera carta de nacionalización por Decreto N° 223 de 17 de junio de 1830. Posteriormente llegaron los señores don Pablo Longer y don Leoncio de Vars, que iniciaron sus primeras actividades en la explotación de "brasiles", árbol que crece en nuestra costa del Pacífico, especialmente en Guanacaste y constituía, en aquella época, nuestro único producto de exportación. Es el Logwood de los ingleses. Su madera contiene una materia colorante especial, la hematoxilina, que de roja se vuelve morado oscuro cuando se expone al aire y la luz.



Nuestro comercio con Nicaragua y Panamá, se hacía en la forma primitiva que describe este dibujo del mismo señor Figueroa. Las grandes jornadas que nuestros indígenas se veían obligados a emprender, a veces como arrieros y a veces también como cargadores, tienen buena parte en el agotamiento de la raza primitiva porque muchos de los indios no regresaban al país, quedando fuera de él sometidos a una semi-esclavitud conforme se podrá ver en las narraciones que más adelante se publican.

Este tinte se encuentra principalmente en el corazón de la madera y se utiliza en tintorería. También llegaron los comerciantes don Francisco Ramó, don Henri Junior, don Alfonso Dumatray, don Luciano Dercenay y don Carlos Thierrat, quien dió motivo a la llegada del Conde de Gueynord, en 1844, en una corbeta francesa, a presentar un reclamo contra el Gobierno. En noviembre del mismo año regresó a Puntarenas el citado Conde a proponer al Gobierno de Costa Rica que entrara en relaciones comerciales con Francia. El señor Thierrat fue el primero que estableció en esta capital un curso de teneduría de libros, según su aviso publicado en el Costarricense, en 1846.

Procedente de Santiago de Veraguas, donde había contraído matrimonio con una distinguida señora de apellido López Arosemena, llegó también en los primeros años de nuestra vida independiente el Doctor don Víctor Herrán, francés, a quien se consultó, por una Junta especial que había nombrado el Gobierno para tratar del aislamiento de los leprosos, acerca de "si el arte prestaba conocimientos y reglas suficientes para calificar con exactitud a los leprosos" y "aseguró de conformidad, haciéndolo constar en el acta para conocimiento y satisfacción del supremo gobierno". Esa Junta estaba integrada por don Joaquín Rivas, el Licenciado don Braulio Carrillo, don Cipriano Fernández y don Joaquín Mora. Con fecha 1º de febrero de 1833, reunida nuevamente la Junta, el Doctor Herrán manifestó lo siguiente:—"En los enfermos leprosos debe hacerse distinción entre los curables e incurables. En cuanto a los primeros, debe destinarse un edificio inmediato al lazareto y fuera de sus muros para evitar en un todo las relaciones y contacto con los curables; que reducidos a un solo punto los curables, se fijara el método curativo y conforme al estado de humores de cada uno, se señalara la clase de alimento que debía dárselos; que de este modo, a los que fuere absolutamente imposible curar, se les hará entrar en el departamento al cual los reduce su desgracia; y los que sanen, serán puestos en libertad sin la pena de haber estado confundidos con los incurables. Y que a éstos se les suministre el alimento común, de acuerdo con los fondos. El Doctor Herrán recomendó las siguientes porciones de alimentación: carne salada, 4 onzas diarias por cada persona; frijoles, media libra en los mismos términos; maíz, tres cajuelas por semana para cada cuatro personas; dulce, una tapa por semana; cuatro onzas de tocino por semana para cada uno; seis onzas de sal por semana, para cada uno y un real de candelas por semana para todos. Enseguida manifestó el Doctor que "parece muy bien que, al practicar la calificación, el inteligente que haya debe ir a la casa de los enfermos y formar registro de los que vaya examinando y poniendo razón del estado de cada uno, con el fin de no sujetar a estos infelices a la vista pública, de hacer el examen de su físico en privado y de no exponer al público al contagio de este mal tremendo".

Fueron también inmigrantes franceses de la misma época don Juan Bonnefil, don Félix Baudrit y los Doctores don Víctor de Castellá y don Santiago Bourdon. Se hicieron entonces algunos intentos de formación de colonias francesas y en 1825 se celebró un contrato con don Pedro Ruahand para establecer una colonia entre Puntarenas y Esparta. En noviembre de 1848 se celebró otro contrato con don Gabriel Lafond al cual se concedieron doscientas leguas cuadradas de tierra. El señor Lafond sirvió después a Cos-



El Paseo Colón es la entrada a la ciudad de San José por el Oeste, y constituye uno de los lugares más elegantes de la Capital, tanto por el moderno sistema de construcción de su pavimento, como por el lujoso alumbrado eléctrico que tiene en toda su extensión. Además, a ambos lados del Paseo Colón se levantan actualmente muchas nuevas lujosas construcciones que dan al conjunto una agradable apariencia.

ta Rica como Cónsul General en Francia en 1849, como Encargado de Negocios en 1854 y como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en 1857. El Licenciado don Hernán G. Peralta conserva una carta privada del señor Lafond al Doctor don José María Castro, fechada en la Legación de Costa Rica en París el 14 de diciembre de 1859, en la cual se queja de las cartas de retiro que le había remitido el Gobierno del Doctor Montealegre y dice que es un francés que ha derramado su sangre por la causa de la independencia americana.

En la inmigración española figuran los mineros Mateo Urrandurruga, Manuel Cacheda, Esteban Xatruch, Francisco Giralt, Manuel y Jorge Peinado y Ramón Pomerós. Los señores Vicente Fábrega, Francisco Martínez, Ramón Toledo, que vino de Panamá, don Manuel Sagrera y don Pedro Díez Dobles, que se radicaron en Heredia; don Francisco Berrochea y don Agustín Aguayo, que se dedicaron al comercio.

Español era también don Buenaventura Espinach, quien obtuvo carta de nacionalidad costarricense por Decreto N° 224 de 17 de julio de 1830, dictado por la Asamblea Constituyente, en la misma fecha en que se decretó igual gracia a favor de don Santiago Millet. El señor Espinach procedía del Perú y aquí ejerció valiosas actividades que le reportaron una cuantiosa fortuna y también dejaron al país grandes progresos. Fue minero, exportador de café y miembro de la Junta Itineraria que realizó la obra enorme de construir la carretera a Puntarenas.

Entre los inmigrantes alemanes están don Jorge Stiepel, agricultor y comerciante; don Enrique Ellerbrock, de Hanover y don Juan Barth, que

era el Superintendente de la Quebrada del Ingenio, en el mineral del Monte del Aguacate. Representaba una Compañía llamada la Anglo Costa Rican Economical Mining Company. Había instalado una máquina llamada "Máquina para la extracción del oro por el procedimiento patentado de Zillenthal para la amalgama fría" que tenía la gran ventaja de que no necesitaba de ninguna manipulación preliminar, sino que por medio de una operación continua y sencilla extraía el oro de la piedra. Era una inmensa rueda de hierro colado que a medida que llegaba la piedra de la montaña, la hacía polvo; éste pasaba por canales llenos de agua yendo a parar luego a un estanque que contenía unos recipientes en los cuales el oro se desprendía de las otras partículas y se combinaba con el azogue que estaba en ellas.

En 1841 se acreditó en Centro América el primer Cónsul alemán, don Carlos Rodolfo Klee, cuyas credenciales fueron aceptadas en Costa Rica.

En la inmigración italiana aparecen también los mineros Domingo Mattey, y Mateo Bertora; don Carlos Volio, que se radicó en Cartago y don Angel Franceschi, comerciante. Por último, citaré a don Miguel Bolandi, de nacionalidad sueca.

De los Estados Unidos de América llegaron los Doctores Marcos de Lafayette Hine, quien se incorporó en la Facultad de Medicina en el año de 1850. Fué, además, el primer Cónsul de los Estados Unidos en Costa Rica y murió en esta capital el 8 de enero de 1880; don Santiago Hogan y don Carlos van Patten. Procedentes de Suiza los Doctores don José Spori y don Carlos Mayer y el Ingeniero don Luis Saugy. En la inmigración española figuraron los Doctores don J. Ventura Espinach, de la Universidad de Barcelona, incorporado en Costa Rica en 1858. Murió en San José el 17 de julio de 1876; don Félix Olivella, don Emilio Segura, el Arquitecto don Ramón de Minondo y los señores don Gaspar Ortuño, don Jaime Güell, don Mateo Fournier y don Ezequiel Pi.

La colonia inglesa se aumentó con la llegada de los señores Doctor Francisco Clark y don Juan Le Lacheur, quien ejerció mucha influencia en el comercio de Costa Rica e hizo los primeros contratos de navegación hacia Europa. En la campaña Nacional prestó muy oportunos servicios al país con los buques de sus empresas; don Ricardo Farrer, contratista en febrero de 1853 de la primitiva línea del Ferrocarril entre Puntarenas y Esparta; don Federico Cox, empresario de gran prestigio, que fué sucesor de Mr. Wallis en la Dirección del Banco Anglo Costarricense y murió en Londres en 1918; don Jorge Cauty, coronel de nuestros ejércitos, que prestó eminentes servicios a la causa nacional. Era también comerciante y empresario y estableció el primer servicio de navegación en el río Sarapiquí; don Eduardo Dee, don John Young y don Santiago Barry.

El factor geográfico de vecindad contribuyó mucho a determinar la inmigración de ciudadanos colombianos. Entre otros, llegaron a Costa Rica los Doctores don Miguel Macaya, don Antonio Pupo que se radicó en Heredia y fue el segundo médico que ejerció su profesión en aquella ciudad, ya que el primero había sido Doctor Brealey, médico de los mineros ingleses; don Pedro León Páez, don Epaminondas Uribe, don Uladislao Durán, don Juan N. Venero y los profesores don J. Ricardo Casorla y don José de Obaldía. Vinieron a aumentar la inmigración sudamericana el Doctor peruano

don Francisco Canet y don Eduardo Béeche, el primer Cónsul de Chile en Costa Rica. Murió el 11 de setiembre de 1875.

Con motivo de las relaciones comerciales llegaron de Sur América don Crisanto Medina, comerciante argentino que se estableció en Puntarenas y fundó una colonia de alemanes en Miravalles; los peruanos don Francisco Otoyá y don Rafael Senitagoya; los panameños don Manuel Dutary y don Manuel Palma, que se radicó en Heredia; el chileno don Santiago Ortega, quien tomó parte en la revolución de 1835 contra el Gobierno de don Braulio Carrillo, y por último, el profesor don Ildefonso Paredes, colombiano, que trató de fundar un colegio en San José en 1834.

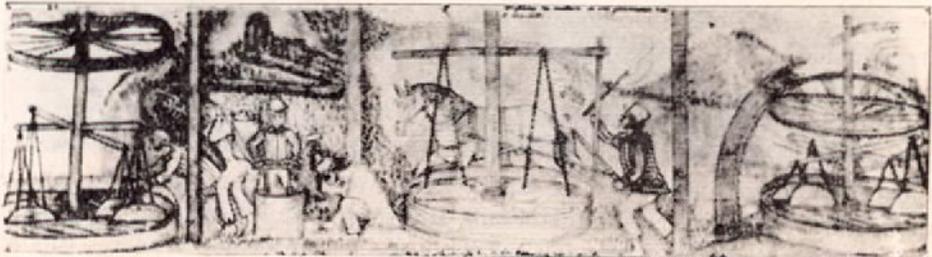
La inmigración centroamericana durante los primeros años fue provocada especialmente por los disturbios políticos en las naciones del Istmo. En los albores de nuestra independencia vino a Costa Rica don Cayetano de la Cerda, procedente de Nicaragua y posteriormente vinieron del mismo país don José Sacasa, don Manuel Barberena y don Mariano Sávalos, que sirvieron como Magistrados. En la mitad del siglo pasado llegaron los abogados nicaragüenses don Buenaventura Selva, quien ganó por oposición la cátedra de gramática castellana y latina en la Universidad de Santo Tomás; don Pedro César, quien figuró en 1842 en nuestros Tribunales de Justicia; el Licenciado don Benito Rosales, quien ejerció aquí su profesión de abogado. Procedentes de El Salvador vinieron don Vicente Villaseñor y don Máximo



En el Paseo Colón se encuentra esta lujosa residencia del Doctor don Antonio A. Facio, uno de los más eminentes cirujanos del país. El Doctor Facio ha ocupado durante muchos años el alto cargo de Superintendente del Hospital de la United Fruit Company en Puerto Limón y es ahora el Superintendente General de Hospitales de la República, cargo de reciente creación, en el cual ya ha demostrado su interés por los problemas que afectan los establecimientos sostenidos por la Beneficencia Pública.

Cordero, que figuraron en la revolución contra Carrillo en 1835; don José María Cañas y don Pedro Iraeta, que llegaron a Costa Rica durante la segunda administración de Carrillo.

En 1840 llegaron a Puntarenas treinta y cinco personas de lo más distinguido de Centro América, acompañando al General Morazán a bordo del vapor Izalco. De estos ilustres visitantes se negó la entrada a Morazán, quien continuó hacia el Perú y sólo se la permitió a los señores Presbítero Doctor don Isidro Menéndez, don Doroteo Vasconcelos, don Gerardo Barrios, don Pedro Molina y sus hijos Felipe y José, General don Enrique Rivas y señores don Indalecio Cordero, don José Pardo y don Dámaso Sousa. El Presbítero Menéndez durante su permanencia entre nosotros se distinguió como consejero del Presidente Carrillo y fue el autor del Código General de 1841, copiado del Código de la Confederación Perú-Boliviana del General Santa Cruz, quien a su vez lo había copiado del Código francés. Los hijos de don Pedro Molina, don Felipe y don Luis, prestaren al país muy importantes servicios.



Al iniciarse la explotación minera en el Monte del Aguacate, las maquinarias que se empleaban no podían ser de sistema más primitivo que el que ilustra este dibujo tomado del libro del Señor Figueroa. A pesar de la deficiencia mecánica, se extrajeron de esos minerales cuantiosas sumas que fueron base de muchas grandes fortunas en el país. Las minas de Costa Rica dan ahora muy escaso rendimiento, a pesar de que existen casi por todas partes.

En la región del Pacífico, hacia el Sur, se ha establecido una gran cantidad de trabajadores que extraen el oro de los placeres formados en el cauce de los grandes y pequeños ríos de aquella zona, cuyas riquezas parecen ser de consideración, a juzgar por las cantidades de oro que ya se han venido a vender a la Capital, a muy buen precio por su fina calidad.

Por el año de 1836 vino a Costa Rica, procedente de Guatemala, el Doctor don Nazario Toledo. También vinieron de aquel país don José Fermín Meza, Farmacéutico incorporado aquí en 1846 y el músico don José Martínez, contratado en 1845 por el Doctor Castro para dirigir las Bandas Militares, cargo que desempeñó hasta 1852, en que murió.

La invasión acaudillada por Morazán en 1842 trajo al país gran número de centroamericanos, entre los cuales merecen citarse los Generales Isidro Sagel, José María Saravia, Carlos Salazar, Francisco Ignacio Rascón, Trinidad Cabañas, Cornelio Nicolás Angulo, B. Brusall, Ciriaco Bran, M. M. Chorem y M. I. Zepeda; los capitanes Juan J. Luna y J. M. Espinar y algunos otros militares de baja graduación. Derrotados después y fusilados Morazán y algunos de sus compañeros, los demás invasores se vieron obligados a salir del país.

La política económica y religiosa que desarrolló España en América,

encaminada a defender sus intereses en las colonias y a proteger su credo religioso, la indujo a excluir de ellas toda influencia de las naciones europeas en las actividades económicas y culturales, reduciendo así a los países del Nuevo Continente a un confinamiento intelectual que retardó el desarrollo natural de su progreso.

Uno de los mayores bienes que trajo consigo la emancipación del dominio español, fue el contacto que las futuras nacionalidades de América tuvieron con los países de Europa. Abiertas las relaciones con aquellos países, las nuevas Repúblicas del Continente Americano recibieron el estímulo de las corrientes culturales que debían transformar las viejas instituciones y dar vida a nuevas actividades. Costa Rica, al entrar a la vida independiente en 1821 empezó a recibir el beneficio de la influencia extranjera en el desarrollo de su cultura. Sin embargo, aquella influencia, durante los treinta años que sucedieron a los acontecimientos de 1821 no pudo estimarse como exclusivamente europea, ya que ella no vino a hacerse sentir en toda su intensidad sino hasta mediados del siglo pasado. Dos factores determinaron esa influencia: el factor económico y el factor político. El primero tuvo su origen en el florecimiento económico, determinado por el desarrollo de la producción del café y el segundo, en las medidas políticas relativas al fomento de la inmigración extranjera y a la apertura de las relaciones internacionales con los países del viejo mundo.

No obstante la crisis que sufrió el café con motivo de los acontecimientos políticos de Europa en 1848, la producción de ese artículo vino en aumento a causa de las facilidades de transporte adquiridas con la apertura de la carretera a Puntarenas y el arribo a ese puerto de los primeros vapores, que principiaron en 1856 a llegar con regularidad en virtud de un contrato celebrado por el Gobierno de don Juan Rafael Mora con la Compañía Pacific Mail. A partir de ese año las relaciones comerciales se hicieron más intensas y activas, experimentando con ello gran estímulo la economía nacional. A consecuencia de las facilidades de comunicación, aumentó de una manera notable el acceso de extranjeros al país, a la vez que nuestros hombres de negocios, gracias a la holgura económica de que disfrutaban, hicieron frecuentes viajes a Europa y los Estados Unidos. Estas mismas circunstancias facilitaron que nuestros jóvenes, interesados en su cultura se dirigieran a hacer sus estudios en los principales centros educacionales del extranjero. El florecimiento económico que trajo consigo el desarrollo de la producción del café, dio origen a un comercio más activo en toda la República. Se establecieron los primeros almacenes de comercio, se fundaron las primeras instituciones bancarias y se organizaron varias empresas para explotar diferentes industrias. Entre las sociedades comerciales más importantes de la época pueden citarse las siguientes: Quirós y Ellerbrock (1853); Aguilar y Alpress (1857); Bosche y Co. (1858); Ulloa y Zamora (1858); Moureo de Vars y Co. (1859); Salazar y Muller (1860); Banco Anglo Costarricense (1863); Brealey y Morales (1864); Tinoco y Co. (1865); Wallis y Witting (1865); Montealegre y Co. (1867); Sociedad de Minas del Monte del Aguacate (1868); Carazo y Hno. (1868); Sociedad Costarricense para la fabricación de jabón (1868); Montealegre y Salazar (1869); André y Lippuran (1869); Cabello y Co. (1869); Banco Hipotecario alemán-costarricense (1870).



En nuestras escuelas se celebran con frecuencia festejos cívicos y aquí tenemos a unas graciosas alumnas del Colegio Superior de Señoritas, que hacen Guardia de Honor al Pabellón Nacional.

Las facilidades de comunicación en este período de actividad económica, que tanto favoreció la inmigración al país, nos puso en contacto con valiosos elementos que constituyeron verdaderos factores de nuestra cultura, ya por su talento, ya por su aporte científico, ya por su espíritu de empresa.

Fue en esta época cuando llegaron los distinguidos alemanes Doctores don Alejandro von Frantzius, don Carlos Hoffman, don Guillermo Joos y don Juan Braun; los químicos don Edmundo Becker y don Carlos Johanning; los Ingenieros don Guillermo Witting, don Francisco Rohrmoser y don Luis von Chamier; el jurisconsulto don Fernando Streber y los empresarios don Guillermo Nanne, don Alejandro y don Carlos von Büllow. Hombres versados en la medicina, en la química, en la ingeniería, en la agricultura y en el comercio, su contingente en la cultura del país fue muy apreciable, sobre todo si se toma en cuenta la ausencia de elementos profesionales a consecuencia de nuestro escaso desarrollo intelectual de aquella época.

Procedentes de Francia llegaron entonces los Doctores don Adolfo Carit, don Francisco Castaing, don Esteban Cazaneuve, don Víctor Dujardin y el distinguido escritor don Adolfo Marie, quien llegó a Costa Rica en Julio de 1848 junto con el ex-Presidente del Ecuador don Juan José Flores. En nuestro país el señor Marie entró en relaciones con el Doctor don José María Castro, entonces Presidente de la República y fue su consejero, ocupando luego diferentes elevadas posiciones oficiales. Fue, además, el primer profesor de francés que tuvo la Universidad de Santo Tomás. Al señor Marie

se le atribuyen las proclamas del Presidente Mora, a quien continuó sirviendo cuando el Doctor Castro dejó el Poder. Murió en Liberia en mayo de 1856.

Franceses fueron también los inteligentes empresarios señores Galli Segerard, Boulanger, Huard, fundador del Banco Rural de Crédito Hipotecario, don Víctor Aubert y don Hipólito Tournon. El señor Tournon inició sus actividades entre nosotros como comerciante en pequeña escala y poco a poco fue aumentando sus negocios emprendiendo luego en agricultura hasta dejar fundada una de las casas exportadoras de café más respetables y acreditadas del país: la Sociedad Anónima Tournon, que entre otros beneficios tiene uno de los más modernos instalado precisamente a la orilla del Río Torres, límite de la ciudad de San José.



Patio de beneficio de café de los Señores Tournon, situado exactamente en el límite Norte de la capital.

La inmigración extranjera fue en esta época un factor importante en la cultura nacional. Además de la influencia que ejerció en algunos ramos de las diversas actividades del país, estos inmigrantes determinaron y formaron a su vez ambiente educacional.

El desarrollo de la cultura artística recibió también un poderoso impulso con la llegada de profesores europeos de bellas artes y de las primeras compañías teatrales de Opera y Zarzuela. En Junio de 1862 llegó a Costa Rica la primera compañía de Opera Italiana, dirigida por el empresario Lorino. Dio su primera función el 11 del mismo mes con la Opera el Barbero de Sevilla y estuvo luego entre nosotros varias veces. Esta nueva manifestación cultural, que no se hacía sentir anteriormente, se desarrolló de una manera notable gracias a la influencia extranjera.

La actividad económica contribuyó también al florecimiento intelectual con el establecimiento de las primeras librerías que introdujeron importantes publicaciones científicas y literarias. En 1860 se abrió en San José la Librería El Album, de don Guillermo Molina y la francesa-española de don Pedro Borisard. En 1863 se fundó la librería chilena, sucursal de la empresa El Mercurio, de Valparaíso. Sus principales obras eran sobre literatura, historia, derecho, economía política y educación.

La organización política que se dió al país con las Constituciones de 1859 y 1869, fue la mejor expresión del progreso de nuestra política. Aquellas Constituciones, formuladas a plena luz, sin ninguna presión, establecían el régimen de un gobierno representativo y alternativo y los principios esenciales de las garantías y derechos de los ciudadanos. El ambiente de libertad que se respiró durante ese período, favoreció el desarrollo del periodismo y la renovación de las ideas.

Producto de aquella renovación fue la fundación de la francmasonería en 1867 y la conquista alcanzada con la incorporación constitucional del principio de la enseñanza gratuita, obligatoria y costeadada por el Estado, según la Carta Fundamental de 1869, bajo el Gobierno provisional del ilustre estadista don Jesús Jiménez.

Las administraciones presididas por los señores don José María Castro, don Juan Rafael Mora, don José María Montealegre y don Jesús Jiménez, tomadas en consideración como factor político, fueron favorables al desarrollo de la cultura del país. Sus importantes iniciativas relacionadas



Solamente dos de las Naciones tienen edificio propio para su representación Diplomática en Costa Rica. La Legación Americana y la Legación de México, que aquí se reproduce. Es una de las construcciones más lujosas, sobre todo en su interior, donde se ha utilizado material mexicano de refinado gusto y extraordinario lujo.

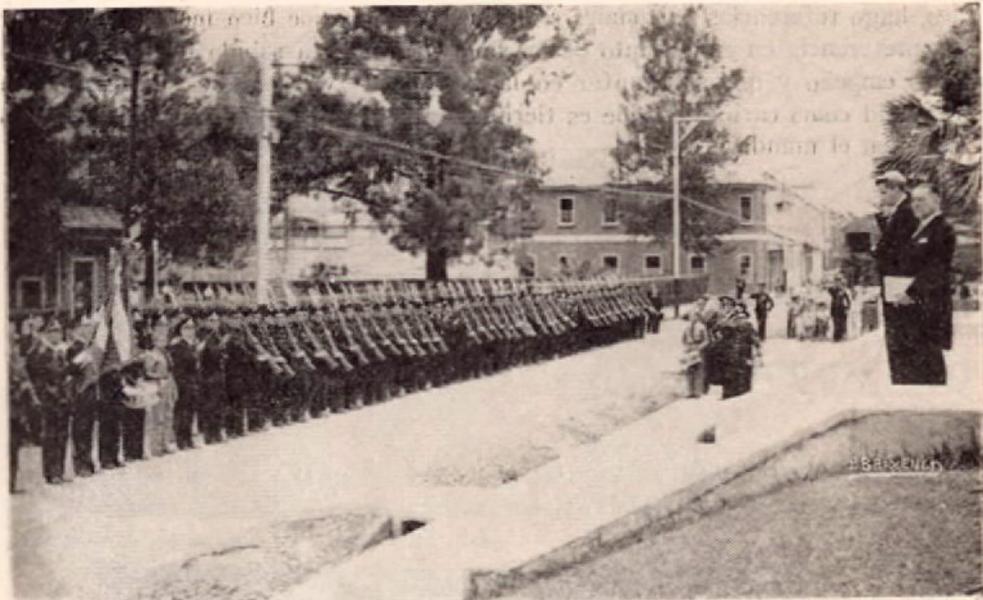
con el mejoramiento de nuestros sistemas económicos, el fomento de la inmigración extranjera, la apertura de relaciones internacionales y las disposiciones encaminadas al establecimiento de centros de educación, determinaron nuevos rumbos al progreso nacional. De aquellas iniciativas, la apertura de relaciones internacionales y el fomento de la inmigración extranjera son las que mayor influencia ejercieron en la prosperidad de la época. El Doctor don José María Castro, que inició su administración en mayo de 1847 manifestó tendencias bien marcadas a facilitar la llegada de extranjeros y sus hermosas iniciativas están cristalizadas en la celebración de los primeros Tratados de Amistad y de Comercio con la Gran Bretaña e Irlanda, con Francia y con las ciudades anseáticas. Las mismas gestiones se continuaron en la Administración siguiente celebrando nuestros Tratados de Amistad y de Comercio, en 1849 y 1850, con España y los Estados Unidos. En esta misma época don Felipe Molina publicó en Nueva York su libro "Bosquejo de la República de Costa Rica" con detalles acerca de nuestra historia, situación geográfica, territorio, fisonomía del país, clima, suelo, extensión, población, productos, actividades económicas, comercio de importación y exportación, instituciones políticas, deuda pública y facilidades que el país ofrecía al inmigrante para desarrollar sus energías. Este bosquejo fue la primera obra que se publicó sobre Costa Rica y con ella se le hizo un inmenso bien, presentándola, por primera vez en el extranjero con sus bellezas y predilecciones de la Naturaleza.

Resultado de los Tratados celebrados con las naciones europeas y los Estados Unidos, fue el nombramiento de las primeras representaciones diplomáticas y comerciales. España acreditó a don Diego Ramón de la Cuadra como Encargado de Negocios y Cónsul General; Francia acreditó a Mr. Leonso Augrand con igual caracter; Bélgica dió iguales credenciales a Mr. Marcial Cloquet y los Estados Unidos dieron su representación consular al Doctor Marcos de Lafayette Hine. Costa Rica acreditó como su primer Ministro en Washington a don Felipe Molina, a quien luego reemplazó su hermano don Luis.

El elemento extranjero ha sido mirado siempre con simpatía y ha recibido todo el apoyo político y social que le ha sido necesario para llevar a cabo sus empeños generosos en beneficio del país.

Las administraciones citadas, consideradas como factor político, determinaron nuestro progreso cultural que vino a manifestarse en aquellas iniciativas que tuvieron por objeto la organización de los diferentes departamentos de la administración pública, el desarrollo de las capacidades económicas nacionales, la apertura de vías de comunicación, el fomento a la agricultura, la garantía del derecho de propiedad, la difusión de la enseñanza pública, la celebración de Tratados con varias naciones de Europa y América y la construcción de puentes y edificios públicos.

En la corriente inmigratoria de aquella época llegó al país un lujoso contingente de profesores extranjeros entre los cuales figuraban don Eduardo Dee, don Adolfo J. Morux, don Alejandro Botero, don Julio Rosat, don Carlos von Büllow, don Enrique Twight, la señorita Ester A. Besson, don Anselmo Andines, don F. Winter, don Fernando Muñoz de San Clemente, don J. J. Peatfield, don Cirilo J. Martín, Presbítero don Estanislao Campaño, Mr. John Young, que establecieron clases de literatura, matemáticas y



Una Compañía del Cuerpo de Policía rinde honores en el acto de presentación de credenciales del Excmo. Señor don Emilio Sanz Tovar. Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de España en Costa Rica.

La ceremonia se verifica en la Casa Amarilla, residencia oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores, con asistencia del Señor Presidente, quien se ve al lado del Señor Ministro de España, y de todos los Secretarios de Estado y algunos altos Jefes del Ejército Nacional.

gramática. Don Arturo Lonckin, don Vicente Lachner, don Enrique Olinetto Metti, don Eladio Osma, don Jenaro Cardona, don Carlos Liebich y don Carlos J. Jotly contribuyeron al desarrollo de la cultura artística estableciendo clases de música. Además de los citados señores, que fueron verdaderos agentes de la cultura europea, vinieron a Costa Rica muchos centroamericanos ilustres que establecieron clases particulares y prestaron importantes servicios a la enseñanza oficial.

El período de la vida nacional que antecede, es uno de los más importantes en el impulso que recibió nuestra cultura. Este período se caracteriza por la influencia europea. Nuestro desenvolvimiento científico, educacional, artístico e industrial, está íntimamente ligado al desarrollo que alcanzaron nuestras relaciones con el extranjero y al contacto con la civilización europea.

Las referencias anteriores se relacionan, de modo preferente, con algunos de los extranjeros que llegaron a nuestra patria hasta fines del Siglo XIX y en ella se quedaron formando respetables hogares que son orgullo de la sociedad costarricense. Casi todos son apellidos que hoy inspiran el mayor respeto y que figuran en primera línea en todas las actividades nacionales.

En cuanto a las colonias extranjeras de hoy, solamente hay que decir que merecen la más profunda gratitud por la forma amplia en que han contribuido al desarrollo del progreso nacional en los últimos años. Aquí disfrutaron de un ambiente de respeto y de paz que los hace sentirse como en tierra propia.

y entre nosotros van formando sus hogares. En varios de los capítulos siguientes, hago referencias personales a algunos de ellos que bien merecen un lugar de preferencia en el recuento de los hombres que han sabido luchar con decidido empeño y que al triunfar en la vida, conservan para Costa Rica tanta gratitud como cariño, ya que es tierra de ambiente acogedor y apacible como pocas en el mundo.



Edificio que ocupa la Legación Americana en San José de Costa Rica. Esta lujosa residencia que se conoce entre nosotros por el "Castillo Azul", fué construida por el Lcdo. don Máximo Fernández, Jefe y Candidato Presidencial durante muchos años del Partido Republicano cuya divisa era una cinta de color azul.

Fué residencia de los Presidentes de la República: el Lic. don Alfredo González Flores, don Federico Tinoco, el Gral. don Juan Bautista Quirós y el Lcdo. don Francisco Aguilar Barquero. Es, además, uno de los mejores edificios del país.

La Democracia Costarricense

En sus diversos aspectos políticos y sociales, la democracia costarricense tiene características difíciles de exponer por el riesgo de que se juzguen exageradas, cuando no fantásticas del todo.

Sin otras luces exteriores que aquellas muy contadas que determinados elementos aportaron en los primeros años del siglo anterior, entró de lleno en el disfrute de su vida independiente, sin que ese hecho trascendental costara la vida de un sólo hombre, y desde entonces, es decir, desde hace 118 años, Costa Rica ha resuelto pacíficamente todos sus problemas políticos, internacionales y sociales, con un elevado espíritu de justicia, prescindiendo por completo de toda imposición que pudiera lastimar el concepto de amplia libertad que cada costarricense cultiva con amor porque en ese ambiente respira desde niño.

Las dictaduras, con todo su cortejo de servidores arbitrarios; los gobiernos personales, siempre de trágicas consecuencias; la autoridad que desconoce el derecho por creerse superior a la ley; todas esas y otras tantas desventuras como sufren a veces otros pueblos de la tierra, son hechos casi desconocidos entre nosotros, que no hemos tenido nunca que rendirle homenajes a un tirano.

Es natural, desde luego, que en algo más de un siglo, han de haberse presentado excepciones, felizmente muy contadas y de breve duración, porque el pueblo de Costa Rica, no obstante su pasividad tradicional, defiende con decisión su derecho a la libertad y se levanta airado cada vez que algún gobernante pretende privarlo de ella; pero en términos generales, puede afirmarse que esas contadas excepciones no han dejado ensangrentadas las huellas de su paso y ni siquiera han llegado más allá de los límites que humanamente tienen que soportar y hasta disculpar a veces los pueblos más altivos de la tierra.

Los costarricenses tenemos la satisfacción de decir que por culpa de nuestros gobernantes, no se ha cubierto de luto ningún hogar nacional.

A la formación de nuestra democracia han contribuido diversos factores, entre otros, la pobreza de nuestra vida en la época colonial, que obligó a todos a las faenas del campo, para buscar en él la única base de su modesta riqueza. Esa circunstancia y la rápida extinción de la raza indígena, hicieron imposible la constitución de los grandes latifundios y poderosos capitales que



Frente del moderno edificio de cemento armado que ocupa la Escuela República de Chile, en San José. Está construido con todas las posibles comodidades y dispone, además, de amplio espacio para ejercicios físicos de los alumnos.

en otros países se formaron como escuela ordinaria de las encomiendas y de la servidumbre de los pueblos sojuzgados; pero entre los factores que más deben tomarse en cuenta para explicarse la formación de nuestra democracia, está la escuela. El primer Presidente de la República, el Prócer don Juan Mora Fernández, fue maestro y este hecho parece tener el vivo simbolismo de una orientación superior, pues desde entonces casi todos los hombres que han ocupado las más altas posiciones en la Administración Pública, han sido maestros y profesores.

Los niños pobres o de humilde condición social, que concurren a las escuelas costarricenses, no tienen la impresión, tan triste de experimentar, de la desigualdad social y no surge, por lo mismo, en ellos, el complejo de inferioridad que tanto pesa en la vida del hombre. Por otro lado, los niños acomodados o de familias de mejor posición, se ponen en contacto directo, estrecho y amistoso con los de las clases pobres y eso los hace ser más humanos y comprensivos del principio constitucional que establece la igualdad de todo hombre ante la ley. Esa igualdad se inicia en la escuela y se mantiene en la realidad de la vida, mientras circunstancias excepcionales, imposibles de impedir, no establezcan la separación que es natural. Con el correr de los años, los vínculos creados en la época risueña de la niñez, se robustecen o se debilitan, pero no se olvidan nunca, siendo además de recuerdo siempre grato y dando lugar a que el hombre, por alta que sea su posición social o económica, no pierda la oportunidad de tener una información afectuosa, veraz y sincera de los anhelos o puntos de vista de otras clases de la sociedad. Desde luego, la

reducida población del país facilita la prolongación de esas relaciones, por el inmediato contacto en que se sigue viviendo.

Las virtudes cívicas que tiene el pueblo costarricense, se derivan, sobre todo, de su grande amor a la tierra. Existe una constante aspiración general a ser propietario, aun cuando se trate de una pequeña parcela, cualquiera que sea la condición del ciudadano.

Cuando se vuela sobre la Meseta Central, que es la parte en realidad poblada del país, se contempla el panorama de una propiedad fraccionada de modo sorprendente y esa visión que tiene el viajero al volar sobre el país, no lo llama a engaño. En el complicado mosaico que contempla tiene el resumen de nuestra vida económica y social; la síntesis de nuestra historia y el secreto de la paz en que hemos vivido: la inclinación constante a cultivar la pequeña heredad, como objeto esencial en la vida del hombre.

La democracia que mantiene el Gobierno del pueblo y para el pueblo, ejerce su derecho de elección por el sistema del voto directo y secreto. A partir de febrero del año 1938, fecha de la última elección de Diputados al Congreso Constitucional, el voto es también obligatorio y la constancia de votación, expedida por las autoridades respectivas, es un documento que debe presentarse en cualquier diligencia civil o administrativa.

Los ciudadanos mayores de 21 años o menores, si están emancipados, se inscriben en el Registro Cívico y adquieren entonces una cédula personal que contiene el número de inscripción, el nombre y apellidos del ciudadano, junto con algunos datos que facilitan su inmediata identificación. Desde el 1º de noviembre del año en curso, las cédulas tienen también la fotografía del portador, tomada en un departamento especial establecido por el Gobierno. La cédula es indispensable para el ejercicio de todos los derechos civiles y su presentación puede exigirse en cualquier momento. Para retirarla es necesario pagar un impuesto de timbre de cincuenta céntimos.

Antes de la disposición que estableció el voto obligatorio, los sufragantes de Costa Rica apenas llegaban a unos 80.000, no obstante estar inscritos cerca de 120.000, o sea el 20% de la totalidad de la población, lo que es bastante si se considera que en otros países, como el Perú, por ejemplo, apenas llega al 5% el promedio de votantes en relación con el total de sus habitantes.

Más de una vez se ha intentado conceder el derecho de sufragio a las mujeres y no sería extraño que dentro de poco tiempo logran obtenerlo si se toma en cuenta que en materia legal nuestro país les otorga tantos derechos como cualquiera de los que mantienen su legislación más avanzada.

El primer ejemplo de la democracia costarricense lo tiene el viajero en la Casa Presidencial, cuya fotografía reproduzco. Como guardianes, apenas se ven en la esquina un policía y un agente de tráfico. En la puerta se distinguen dos policías que hacen de porteros. No hay, pues, ostentación de ninguna clase y cualquiera que tenga la curiosidad de pararse cerca de esta casa, verá el constante movimiento de visitantes de todas las categorías sociales, que sin dificultades tienen franca la entrada y sin ceremonias son recibidos por el Jefe del Estado, quien por razón de nuestras inveteradas costumbres concentra en su autoridad la mayor suma de ocupaciones, ya que tiene que intervenir en todos los negocios públicos y servir, en multitud de casos particulares, de intermediario que complace la solicitud de sus amigos. Entre nosotros, el Presidente tiene que hacer de todo y en esas condiciones sus horas de trabajo no

tienen limitación. Al señor Presidente Cortés, como a todos los Jefes de Estado que hemos tenido, se le ve en la calle, generalmente a pie, en compañía de un ayudante militar o de un amigo, y a veces también solo. Ninguno de los despliegues de fuerza, de uso corriente en otras partes, anuncia aquí la llegada del Señor Presidente de la República, que transita como cualquier ciudadano, seguro de que nadie ha de salirle al paso para interrumpirlo, como no sea alguno que no lo conozca y tome para sí el interior de la acera.

La forma de Gobierno mantenida en Costa Rica desde su emancipación, ha constituido una de las más elevadas manifestaciones de la democracia universal y le ha asegurado al mayor número de costarricenses la mayor suma de privilegios y de garantías; y el costarricense está de tal modo acostumbrado a su sistema de Gobierno, que se siente oprimido cuando vive en países que no le brindan al hombre las mismas ventajas de que aquí disfruta. La democracia costarricense tiene hondas tradiciones, que se remontan a los años de



Casa Presidencial de San José de Costa Rica.

Como puede observarse, no hay en sus inmediaciones ningún indicio de Guardia Militar porque entre nosotros el Presidente vive con la misma sencillez que cualquier ciudadano. El Señor Presidente Cortés, entre sus grandes obras públicas, ha iniciado la construcción de un Palacio Presidencial en el terreno situado al Este de la ciudad, frente al Cuartel Bella Vista y al costado del edificio de la Legación Americana.

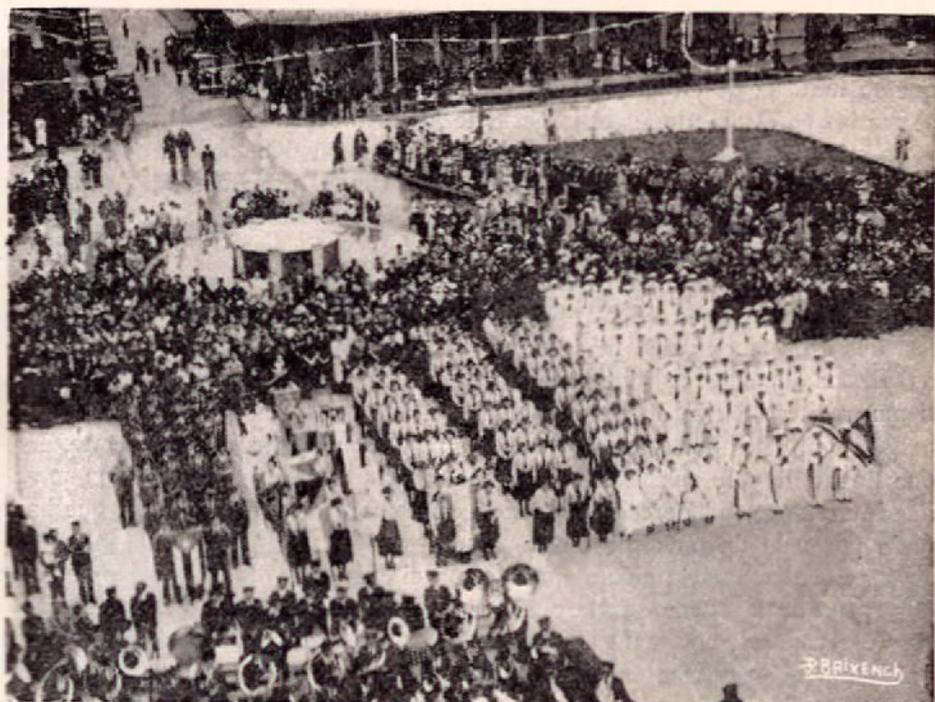
Este lote fué donado por doña Cristina Castro v. de Keith para la edificación de una Iglesia; pero el Licenciado don Ricardo Jiménez, Presidente de la República, negó en 1927 el permiso necesario para ejecutar la voluntad de la donante, con la razón muy justificada de que una Iglesia no podía construirse frente a un Cuartel de Armas.

El Gobierno del Señor Presidente Cortés adquirió el lote en referencia, por compra a la Curia Eclesiástica, en la suma de ₡140.000.

Costa Rica tendrá, pues, dentro de poco, un Palacio Presidencial que guarde relación con sus progresos generales.

Los altos de la Casa Presidencial que aquí se ve, están ocupados por la Secretaría de Fomento, la Dirección General de Obras Públicas y sus respectivas dependencias.

En la parte baja reside el Señor Presidente y en ella tiene, a la vez, sus oficinas, su Secretaría y las dependencias de la Secretaría de Seguridad Pública, que están atendidas por un Oficial Mayor.



Los alumnos de algunas Escuelas de la Capital asisten a la Misa de Campaña celebrada en el atrio de la Iglesia de Nuestra Señora de la Soledad con motivo de la inauguración del Paseo de los Estudiantes, que constituye una de las grandes obras de progreso local realizada por la Municipalidad de San José.

La parada escolar se encuentra en la esplanada de donde parte el citado Paseo que termina en el Liceo de Costa Rica.

Al fondo se observa una fuente luminosa.

nuestra vida colonial y se ha robustecido singularmente en los últimos tiempos, acaso porque el ejemplo de otros pueblos nos ha hecho apreciar más, defender con mayor empeño y sostener como constante devoción, ese credo nacional que nos garantiza el derecho a tener pan, paz y libertad.

Por tradición política y social somos demócratas, y nuestros ideales son y no pueden ser otros que los grandes ideales del cristianismo. No podemos aceptar, de ningún modo, la concepción asiática de un estado despótico y absorbente que se halla más allá de los límites del bien y del mal, ni podríamos aceptar tampoco la doctrina de que son fuerzas de carácter económico las que le dan cuerpo y forma a las instituciones, pues otras grandes fuerzas son las que rigen nuestros destinos. En ese punto de vista no podemos aceptar transacciones ni fórmulas conciliatorias, porque respaldados por la experiencia y por lo que nos revelan los padecimientos de otros pueblos, podemos decir que en el ejercicio, en la práctica y en la evolución de nuestra democracia, hemos encontrado para nosotros mismos y para las generaciones futuras, la mayor suma de ventajas tanto como de garantías para el libre desenvolvimiento de la personalidad humana, bien sagrado que no puede subordinarse a la existencia avasalladora de ningún organismo.

Mientras no se encuentre un sistema político y social que ofrezca a todos los ciudadanos ventajas mayores que las que garantizan las democracias,

hay que seguir militando en ellas, y cada vez, si se quiere, con mayor decisión; pero eso no significa que todos tengamos un criterio empecinado o invariable acerca de que el sistema es perfecto, ni mucho menos. Por mi parte, reconozco que en materia de elección popular, por ejemplo, la democracia, tal como hoy se realiza en el mundo, es el imperio de los mediocres. Consagra a la ineptitud y no selecciona capacidades. Cada individuo en la democracia, es un número, al igual que ocurre con los penados de una cárcel. Cada ciudadano representa en las elecciones democráticas una unidad. Dos analfabetos valen más, por eso, que un sabio. Dos gañanes, ignorantes y dóciles al cohecho y al soborno, valen más, ante las urnas electorales, que un estadista que ha pasado la vida estudiando los problemas colectivos en toda su realidad. Ante las urnas electorales, dos criminales valen más que un hombre honrado. Ese es el pecado original de las democracias, que no se borra con las aguas lustrales de ningún bautismo, retórico, lírico o sentimental.

Pero esos son vicios que no se pueden corregir violentamente. Habrá que llegar al voto seleccionado, sin herir el sentimiento público con medidas que interrumpen el derecho adquirido en nombre de la democracia que ha reinado por más de un siglo en el país.

La democracia en sí, tanto como el resultado de su sistema electoral, por razón de la buena suerte que ha tenido nuestra patria en la selección de sus Gobernantes, nos mantienen satisfechos, porque, además, el sistema personal que aquí seguimos en la formación de los partidos políticos, nos permite escoger mejor y adoptar el bando de nuestro candidato, sin estar obligados a seguir las disposiciones de ningún comité director de partidos organizados, que nunca han existido.

Unos pocos ciudadanos han tenido el dominio, si así puede calificarse su influencia a veces decisiva, de la opinión pública; pero ellos mismos han visto a sus mejores partidarios y amigos, tomar bandera en partidos opuestos, haciendo uso del derecho que la democracia les brinda.



El Club Unión es el centro social más importante del país y en sus salones tienen lugar las más elegantes fiestas que celebra la aristocracia costarricense.

Los Partidos Políticos

En Costa Rica no existen los partidos políticos de orientación o tendencias definidas. Cada cuatro años, uno antes de terminar su período de Gobierno el Presidente de la República, se forman tantas agrupaciones como candidatos haya para la campaña electoral que se inicia.

Al rededor de un hombre de mérito y prestigio bastantes para llamar la atención pública, se forman los partidos políticos, cuyo distintivo se reduce a agregar al nombre o al apellido del candidato las sílabas "ista" y con eso y una insignia de colores aislados o combinados, queda listo el partido para entrar de lleno en una lucha ardiente de prensa, propaganda personal, discursos, desfiles e improprios contra él o los candidatos contrarios. Cualquiera que no conozca el sistema nacional, que desde luego tampoco constituye una excepción en el mundo, supone que ya va a ser imposible la armonía entre la pequeña familia costarricense, tal es el calibre de la artillería que se dispara, especialmente en los últimos dos meses de propaganda. Sin embargo, la sangre no se derrama, ni la paz se altera por esas explosiones de repetición invariable cada cuatro años. Terminada la lucha, las aguas recobran su nivel, los agravios se cancelan, los entusiasmos se apagan y vuelve la vida a su estado normal de absoluta tranquilidad para repetir el mismo disco cuatro años más tarde, con otro nombre y su "ista" de rigor.

Hay desde luego, liberales y conservadores; pero su ideología es asunto personal que no tiene en el espíritu público ninguna resonancia. Grupos aislados pretenden a veces encender esas violentas pasiones en favor o en contra de la religión católica, dando como un hecho que las iglesias van a ser convertidas en cuarteles y que será desesperante la suerte de los capellanes del ejército; pero son voces que se pierden porque el pueblo de Costa Rica tiene buenas experiencias de Gobernantes definidos perfectamente dentro de ambas opuestas tendencias, que han sabido mantener el equilibrio social, que el pueblo, por su parte, respeta y estima.

Ahora mismo se encuentra Costa Rica en plena campaña electoral para la renovación de los Poderes Públicos el 8 de mayo de 1940, y el resultado permitirá, seguramente, comprobar las afirmaciones anteriores. Hay ya dos agrupaciones políticas claramente definidas y fuertes: la que postula como Candidato a la Presidencia de la República al Doctor don Rafael Angel

Calderón Guardia, de filiación personal conservadora y la que adversa esa candidatura.

En cuanto al Doctor Calderón Guardia, hay que decir que se trata de uno de los médicos jóvenes de mayor prestigio en el país. A su ciencia profesional indiscutible, va unido un corazón de oro de la ley más pura. Siguiendo, en primer término, el ejemplo de su padre el Doctor don Rafael Calderón Muñoz, una de las figuras más atrayentes del Cuerpo Médico nacional, el Doctor Calderón Guardia practica por igual la ciencia y la caridad.

Si se tratara de un médico que además hubiera sido siempre político profesional, podía tomarse a cálculo bien medido esa generosidad aplicada a su conveniencia personal, por el compromiso que entre gentes de buena condición impone la gratitud; pero es el caso que el Doctor Calderón Guardia practica la misma norma de servir con absoluto desinterés material a sus pacientes, desde el día en que abrió su despacho al traer consigo el título de Médico-Cirujano de la Universidad Libre de Bélgica, llevando así a sus extremos la práctica generalizada entre los médicos de Costa Rica, donde son muy contados los que han hecho fortuna porque casi todos son de espíritu generoso y tienen por costumbre recetar gratuitamente a los enfermos cuya situación económica no es holgada.

Lo anterior, en cuanto al aspecto profesional en la vida del Doctor Calderón Guardia, le ha conquistado multitud de cariños invariables y sinceros, que se han multiplicado, además, por la gentileza que en su trato personal revela, cualquiera que sea la condición de quien a él se dirija.

Físicamente, el Doctor Calderón Guardia tiene toda la elegante y simpática presencia de un caudillo capaz de despertar los mayores entusiasmos entre sus partidarios, así como de imponer respeto entre sus adversarios. Sin ser orador de grandes vuelos retóricos, tiene en cambio, en la tribuna, expresiones que convencen porque revelan, en todos los casos, una preparación no singular para analizar los problemas nacionales y sobre todo, para llegar al corazón del pueblo que lo aclama con el mayor entusiasmo donde quiera que llega.

Por mérito propio y debido también a la simpatía que su persona y su conducta inspiran, ha alcanzado en los tres últimos años los honores más grandes y desde luego merecidos que el país puede otorgarle: es el actual Presidente del Congreso Constitucional y el Tercer Designado a la Presidencia de la República. Le falta, pues, como dicen, una grada solamente para llegar al poder.

Su actividad en el Congreso se ha manifestado en diversas iniciativas de beneficio general y cuantas veces ha sido necesaria su intervención al discutirse problemas nacionales de especial importancia, el Doctor Calderón Guardia ha revelado tener toda la preparación que un Jefe de Estado requiere para orientar por rumbos fijos y seguros la Administración Pública.

En su vida privada, el Doctor Calderón Guardia tiene el orgullo de poder decir que el más enconado de sus enemigos, no puede hacerle un cargo que empañe, siquiera levemente, su prestigio.

Pero el Doctor Calderón Guardia es también, y acaso sobre todas las cosas, un católico practicante y convencido, sin llegar, desde luego, a los extremos de fanatismo que sus adversarios pretenden achacarle desde ahora. Es



DOCTOR DON RAFAEL ANGEL CALDERÓN GUARDIA
Candidato a la Presidencia de la República por el
Partido Republicano Nacional
1940-1944

decir, como aquí entendemos las cosas, el Doctor es un conservador decidido y se le ha querido dar al término el alcance necesario para justificar la idea de que ha llegado la hora de sonar las cornetas y agitar las banderillas rojas, llamando a filas a todos los liberales para hacerle frente al Doctor Calderón Guardia y a su partido conservador.

La primera voz de alarma procedió de uno de los hombres de mayor prestigio que haya tenido Costa Rica en los últimos cincuenta años. Creo no exagerar y si lo hago declaro, al menos, que ese es mi criterio personal, que es difícil encontrar en el Continente Americano un político de mejor preparación. Podría seguir adelante sin nombrarlo y es seguro que el lector comprendería que se trata del Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, Presidente de la República durante tres períodos, de 1910 a 1914, de 1924 a 1928 y de 1932 a 1936. Si no estoy mal informado, en nuestra América solamente el Presidente Irigoyen, de la República Argentina, ha alcanzado el honor de tres elecciones para tres períodos alternos.

Por derecho natural, fundado en su preparación poco común, el Licenciado Jiménez Oreamuno ha sido también el director de la opinión pública costarricense durante los cincuenta años citados.

Su rival en ilustración y prestigio, tanto como en influencias políticas, fue durante el mismo tiempo de la vida nacional, el Licenciado don Cleto González Víquez, un patricio con todos los atributos de gran señor. Desempeñó la Presidencia durante dos períodos, de 1906 a 1910 y de 1928 a 1932. Su muerte fue un motivo de justo duelo nacional y tuvo la singular satisfacción de recibir, en sus últimos días, las más cariñosas demostraciones de parte de quienes en su vida pública habían sido sus adversarios, algunos muy encon-



Esta escuela rural lleva el nombre del Señor Licdo. don León Cortés, como una demostración espontánea que los vecinos del lugar rinden al Sr. Presidente de la República por sus generosos empeños en favor de la enseñanza.

dos. Y es porque el temperamento del Licenciado González Víquez era apacible y bondadoso como el de pocos hombres del país. En Costa Rica, donde tenemos dos titanes naturales, el Irazú y el Poás, comparamos a veces a don Ricardo y a don Cleto con estos dos volcanes, sin poder precisar exactamente cuál se encuentra más alto sobre el nivel de sus conciudadanos.

Estos dos costarricenses han sido, prácticamente, los dueños del país en más de medio siglo; pero valga la ocasión para decir que no han abusado nunca de sus poderes en perjuicio de nadie ni en beneficio propio; y que habiendo manejado millones durante los veinte años que entre ambos han gobernado a Costa Rica, sus manos están limpias y ninguno de los dos ha tenido capital que valga la pena de mencionarse. Es ese uno de los honrosos distintivos de nuestros Presidentes. Si bien ha triunfado generalmente el que cuenta con el apoyo de los capitalistas, personalmente llega pobre al Poder y así sale del mismo.

Pues bien, tanto don Cleto como don Ricardo, que así se les distingue cariñosamente en el país, han sido liberales decididos y ninguno despertó recelos entre los conservadores ni trató de alterar el régimen de absoluta libertad de cultos, que por otra parte garantiza ampliamente la Constitución de la República. Otros Jefes de Estado han sido, a su vez, católicos fervientes y tampoco se ha interrumpido por eso la paz de los corazones costarricenses, porque el país ha mantenido inalterable su misma situación frente a los credos opuestos.

En el año de 1889 hubo una lucha electoral de las más ardientes que registra nuestra historia. El Licenciado don José Joaquín Rodríguez era candidato de los conservadores y el Licenciado don Ascensión Esquivel de los liberales. Triunfó el primero y todo cuanto hizo por complacer las tendencias clericales, entonces menos moderadas que hoy, fue declarar que en las escuelas públicas debía enseñarse la religión católica, dejando en libertad a los padres para excluir a sus hijos de esa asignatura, si así lo preferían.

En 1893 los clericales volvieron a la lucha con la candidatura de don José Gregorio Trejos en oposición a la de don Rafael Yglesias Castro, quien contaba con el apoyo decidido de los liberales, no obstante ser yerno del Presidente Rodríguez, llevado por los conservadores. Triunfó el señor Yglesias, quien durante ocho años desempeñó la Presidencia, y en nada se alteraron las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

El mismo señor Yglesias presentó de nuevo su candidatura en 1909 apoyado, esta vez, por los conservadores, frente al Licenciado don Ricardo Jiménez a quien respaldaban los liberales.

Con las mismas curiosas alternativas de liberales que hoy tienen el apoyo de los conservadores y de clericales que han llegado al Poder en hombros de los liberales, podría seguir citando ejemplos para demostrar que entre nosotros cuenta únicamente el prestigio del hombre, porque su tendencia ideológica no suma ni resta.

Así pues, la llamada de alarma para la concentración de liberales frente al partido del Doctor Calderón Guardia, no ha tenido resonancia alguna en cuanto ella pudo significar el principio de una lucha político-religiosa, porque todos los costarricenses saben bien que ni el Doctor Calderón Guardia ni



Frente de uno de los más lujosos edificios escolares de la República. Lleva el nombre del Prócer don Jesús Jiménez, en cuya Administración se realizaron grandes obras de progreso en beneficio de la cultura nacional. Este edificio se encuentra en la ciudad de Cartago.

el Licenciado Jiménez Oreamuno, constituyen, por sus opuestos credos, peligro alguno para el país ni para nadie.

Personalmente tengo por el Licenciado don Ricardo Jiménez el más profundo respeto. Entre los grandes hombres de otros países, a quienes he conocido, guardadas las proporciones de posición entre ellos y yo, puedo decir que ninguno está tan alto que se distinga más arriba del nivel que alcanza nuestro ilustre ciudadano; pero pienso que quien ha consagrado lo mejor de su vida al servicio del país, tiene ya el derecho a disfrutar de la tranquilidad que reclamaba, sobre todo si en compensación a sus servicios ha recibido el alto honor de ser Presidente de la República por tres veces distintas.

De nada sirvieron, sin embargo, los ruegos del Licenciado Jiménez para que sus amigos pensarán en otro hombre: el domingo 30 de abril del año en curso, se celebró en la ciudad de Alajuela una magna asamblea que pidió al ilustre ex-Presidente la aceptación de su cuarta candidatura. Com-

placiendo el deseo de la entusiasta y numerosa concurrencia, entró en acción el Partido Ricardista, frente al Partido Calderonista, con lo cual tenemos que una vez más en Costa Rica las agrupaciones políticas se forman alrededor de un hombre de prestigio, le agregan dos sílabas al apellido y entran en la lucha cívica, guiados todos por un mismo pensamiento: buscar el bien para su patria y dar a los costarricenses la mayor suma de tranquilidad.

Pero las circunstancias no favorecieron ese movimiento, y un mes después el Licenciado Jiménez Oreamuno retiró su Candidatura, quedando entonces, únicamente, la del Doctor Calderón Guardia.

En los últimos meses se ha formado una agrupación con el nombre de Alianza Democrática y en ella se han afiliado todos los que no simpatizan con el Partido Republicano Nacional. Desde luego, el movimiento no ha tenido aceptación alguna, ni afectará en absoluto la lujosa votación que llevará al Doctor Calderón Guardia a la Presidencia de la República el 8 de Mayo de 1940.

El Congreso tiene la atribución de declarar cuál de los candidatos ha triunfado, con base en el resultado de las votaciones, que deben favorecerlo con el 40% del total de los votos emitidos. Si los candidatos son más de dos y ninguno completa el 40%, se repite la elección entre los dos que hayan obtenido mayor número de votos.

COSTA RICA es un pueblo de agricultores y conforme ya lo dije, la propiedad está ampliamente distribuida. No existen entre nosotros grandes aglomeraciones obreras, ni problemas sociales de difícil solución. El Presidente Cortés advirtió al iniciar su campaña política, que trataría de combatir al comunismo superándolo. Y ha cumplido su programa en eso como en todo, pues la cantidad de obras públicas realizadas en tres años, ha dado ocupación al elemento obrero. Habiendo trabajado para todos, las doctrinas comunistas no prosperan en los pueblos pequeños; por consiguiente, la actividad de los integrantes de ese grupo reducido, se limita a ejercer labores de control, que siempre son eficaces y no encuentran en un medio como el nuestro, de amplia libertad, ningún tropiezo.

El candidato presidencial por el grupo comunista ha sido don Manuel Mora Valverde, joven estudiante de Derecho, de muy vasta ilustración y de conducta perfectamente honrada y ecuánime. Entre los dirigentes comunistas hay algunas buenas personas, obreros muy competentes, que obligados por la indiferencia del país a la propagación de esas doctrinas, se ven en el caso de practicarlas haciendo uso de un derecho, pero a sabiendas de que no tienen acogida en el ambiente. El señor Mora renunció a su Candidatura para integrar, con su Partido, la Alianza Democrática; pero liquidada como agrupación política, el señor Mora recuperó su puesto de candidato.

En el Congreso Constitucional hay dos curules ocupadas por comunistas; pero su actuación, en general, se manifiesta en armonía con los intereses nacionales, de donde resulta que tampoco en esa esfera política pueden desarrollarse doctrinas ni tendencias que tanta resonancia tienen en otras partes.

Los Gastos de una Campaña Política

A medida que el país ha venido avanzando, son cada vez más elevados los totales de gastos de una campaña política, especialmente durante los últimos catorce años. La propaganda de prensa y de material impreso en general, las transmisiones por radio, el envío de comisiones semanales a casi todos los pueblos, el pago mensual de agentes especiales destacados como propagandistas caseros en diferentes localidades, el movimiento de los partidos en trenes, cantiones, autos y demás medios de transporte para las reuniones numerosas que se llaman "ovaciones", los auxilios a los partidarios pobres, los portes del correo y del telégrafo, las sumas que se pierden entre partidarios desleales, que nunca faltan, el alquiler de locales para multitud de clubs, su alumbrado y el personal que lo atiende, motivan esos gastos imprescindibles, muy costosos; y llegada la fecha de la elección, hay que acreditar fiscales escogidos entre ciudadanos de alguna preparación para controlar los manejos de las Juntas Electorales que reciben los votos. Todos tienen que ser despachados de las cabeceras de Provincia por el medio más rápido y seguro y han de llevar, en su mayoría, sumas apreciables de dinero en efectivo para atender a las exigencias de los votantes campesinos que no se mueven, la mayor parte, sin el halago de algún obsequio que puede consistir en prendas de vestir, licores o cualquiera otra cosa que se traduzca en algo más tangible que la gratitud de los Jefes del Partido. Nuestros campesinos, que integran la gran masa de votantes, no viven del presupuesto nacional y por consiguiente se mantienen retirados de los círculos oficiales o políticos.

El partido triunfante reintegra el dinero gastado imponiendo una contribución sobre los sueldos de los empleados públicos, en forma escalonada según la cuantía del sueldo, de modo que la deuda total se cancela en unos dos años y medio. Así, pues, las contribuciones de los partidarios, se dan en forma condicional: con el triunfo, se reintegran. Los contribuyentes del partido perdidoso, se conforman con la idea de que fue mal que muchos sufrieron.

En las elecciones presidenciales, la votación se hace a la vez para renovar la mitad de los Diputados que integran el Congreso Constitucional, y en ese caso, los gastos de esta última elección se incluyen en el total de las cuentas del partido triunfante.

Como los Diputados se renuevan por mitades cada cuatro años, hay a medio período de Gobierno una elección parcial cuyos gastos sufragan los candidatos a Diputados mediante el aporte en efectivo o en documentos de crédito descontables, de las sumas que los respectivos comités determinan. Estos gastos no se reintegran porque cada Diputado que resulta electo, cancela su documento o si dió su contribución en dinero, no tiene nada que devolver ni recibir.

La Libertad Electoral

Ningún fin práctico tendría hacer referencia a la libertad electoral de que el pueblo de Costa Rica ha disfrutado en otros tiempos. Tendría, además, que valerme, para hacer referencias bien fundadas, de las informaciones que consignan los periódicos de cada época y tengo la seguridad, por experiencia personal, de que tales informaciones de prensa no revelan casi nunca la realidad de las situaciones, sino que se ajustan al criterio parcial que han mantenido durante la lucha electoral cuyo término se analiza o se comenta.

Prefiero entonces emitir una apreciación personal que mantengo absolutamente despojada de toda tendencia en favor o en contra de cualesquiera de los partidos en que he militado.

La libertad electoral existe realmente en Costa Rica desde el año de 1909, al terminar la administración del Licenciado don Cleto González Víquez. De lo que puedo recordar antes de esa fecha, esa libertad era convencional y sufría tantos eclipses como Gobiernos se renovaban.

En el caso concreto de la campaña electoral de 1939, es oportuno el siguiente comentario.

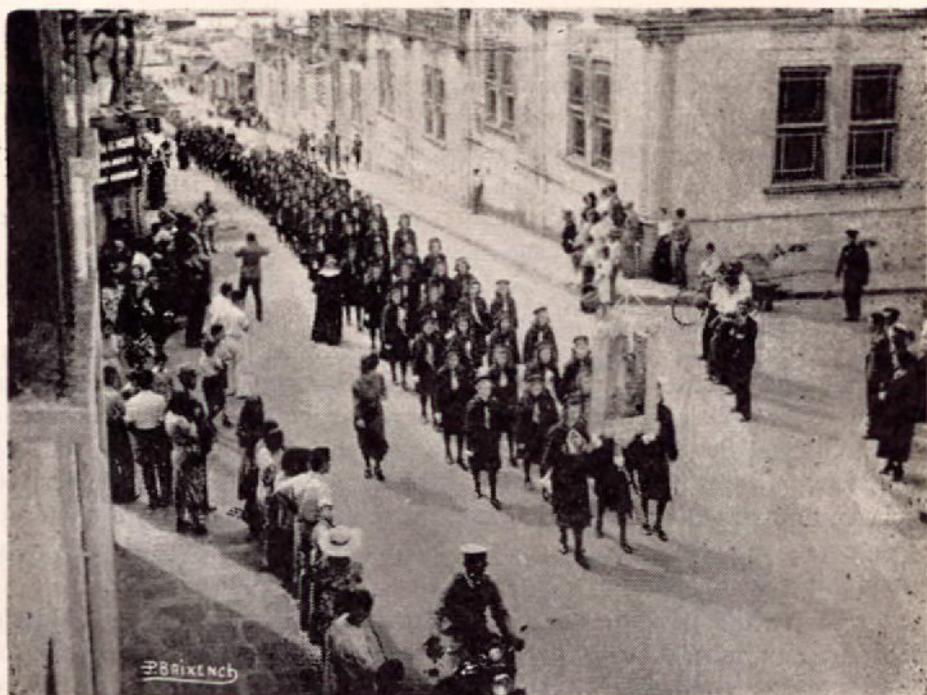
Con motivo de no existir agrupación ninguna, debidamente organizada, que haga frente a la Candidatura del Doctor Calderón Guardia, un pequeño sector político inconforme ha querido atribuir esa especial situación a la parcialidad del Gobierno del señor Presidente Cortés, alegando que las autoridades políticas y militares impiden el libre desarrollo de cualquier tendencia encaminada a impulsar otra candidatura Presidencial; pero en términos de cumplida justicia, hay que decir que nada está más lejos de la verdad que esa gratuita inculpación.

Por razón natural de las circunstancias políticas, el Doctor Calderón Guardia cuenta entre sus partidarios, con una respetable mayoría de empleados públicos de diferentes categorías. En la campaña electoral anterior, el Doctor ocupó un lugar preferente cerca del Candidato Presidencial, Licenciado Cortés. En casi todas las manifestaciones públicas, los ciudadanos los vieron juntos, oyeron ambas voces en la misma tribuna, sintieron el mismo entusiasmo por sus palabras, escucharon el mismo eco que mantenía viva la promesa de un buen Gobierno y aquellos que no tomaron parte activa en la

campana por favorecer las tendencias del Licenciado Cortés, lo hicieron por complacer a su amigo y compañero el Doctor Calderón Guardia, quien con su presencia garantizaba el exacto cumplimiento del programa expuesto en todas partes.

Qué menos puede entonces pedirse ahora a los ciudadanos que integraron el Partido Republicano Nacional en 1936, sino la consecuencia de acompañar al Doctor Calderón Guardia en su campana, ya que han visto cumplidas lujosamente todas las promesas que él mismo hizo o que con su presencia garantizó en todas partes? Los que conozcan la índole del pueblo costarricense, estarán de acuerdo en que los partidarios del Doctor Calderón Guardia mantienen, hasta donde es posible, una actitud de consecuencia para el Gobierno actual, que a su vez hizo buenas las palabras de garantía del Doctor en 1936.

En el año de 1924, la personalidad más saliente del Partido Republicano que llevó por segunda vez al Licenciado don Ricardo Jiménez al Poder, fue el Licenciado don Carlos María Jiménez Ortiz, uno de los hombres de mejor preparación política y profesional con que cuenta Costa Rica; en la campana de 1928, que dió el triunfo al Licenciado don Cleto González Víquez, fue el Licenciado don Manuel Castro Quesada, Jefe de Acción, su partidario más visible; las circunstancias políticas de 1932 colocaron en lugar preferente cerca del Licenciado don Ricardo Jiménez, en su tercera Presi-



Las alumnas del Colegio de Monjas de Nuestra Señora de Sión desfilan también el 15 de Setiembre, luciendo su uniforme de gala, que a pesar de su sencillez, es muy vistoso. En el Colegio de Sión hacen sus estudios muchas señoritas costarricenses y asimismo de otros países de Centro América y se imparte una educación que proporciona a las mujeres una cultura ejemplar.